

entiende Pro IX las mañosas tramas de los adversarios de la Iglesia y descifra las encubiertas astucias de los diplomáticos y filósofos.

Sobre este don concedido á Pro IX se ha escrito: «aunque desdeñe este pontífice los manejos de la política humana, no está desprovisto de medios personales de defensa y aun de ataque contra sus enemigos; posee en un grado singular la perspicacia, la vigilancia y la decision. No odia á los hombres, no los desprecia, pero los sondea y conoce. Cuando su vista penetrante y serena ha llegado á sorprender el fraude, se conserva en guardia siempre, y ya el secreto no proporciona á sus adversarios ventaja ninguna contra él. Los conspiradores de 1848, M. Cavour y otros astutos políticos, no le han engañado por mucho tiempo, porque sondeó sus combinaciones mas encubiertas, y á excepcion de ciertas maldades que los hombres de bien no saben prever, nada le ha cogido de sorpresa.»

LA PIEDAD; con ella Pro IX ha enriquecido á la Iglesia de obras materiales y morales dignas de un gran pontífice: el catálogo de los santos ha sido por él continuado con los nombres de una porcion de escogidos varones, cuyas virtudes son ejemplos provechosísimos para la descreida y desmoralizada sociedad. El culto de la Virgen ha recibido por la piedad de Pro IX admirable impulso, estando destinado á hacer memorable su pontificado, la declaracion de la pureza inmaculada de María. Por otra parte, la Virgen ha distinguido á la época de Pro IX con hechos prodigiosos; las apariciones de la Saleta, de Lourdes y de Espoleto, relacionándose con las diferentes fases del gran pontificado, indican una especie de intervencion celestial en la marcha de la santa Iglesia, dirigida por el actual Pastor.

Hay algo de un carácter misterioso innegable en la atmósfera religiosa de que hoy los pueblos respiran; y la actitud inflexible y serena del pontífice que permanece en pié sobre el cráter revolucionario parece relacionarse á lo menos con alguna superior inspiracion.

Acógese en el mundo de la piedad la idea de que los sencillos pastores de la Saleta abrieron ante el pontífice los secretos depositados en sus corazones por los labios virginales; persuádense los excogidos que el porvenir, velado á las eminencias de la tierra, está abierto al entendimiento del hombre extraordinario que preside los destinos sagrados. De todas maneras, sea que la recompensa de la piedad de Pro IX haya sido alguna extraordinaria inspiracion de la Virgen, cuyo nombre ha enaltecido en tanto grado, sea que sin moverse del curso ordinario de las cosas el cielo haya querido comunicarle la rara virtud que practica, ello es que los sentimientos piadosos del actual Pontífice son el olor agradable de la cristiandad contemporánea.

No es solo la Virgen, sino su inclito esposo José el que ha recibido gloria de la devocion de Pro IX; pues de él el humilde y modesto custodio de JESUCRISTO ha recibido el título justamente merecido de patrono de la Iglesia universal.

Este conjunto de virtudes morales y de dones divinos ha producido en Pro IX los frutos del santo espíritu, en especial el gozo, del que son expresion acabada los himnos de alabanza que al cielo eleva en medio de sus tribulaciones, semejante á los niños mártires en el horno de Babilonia; la PAZ, esto es, no solo el reino de la tranquilidad mas imperturbable en su conciencia, sino el espíritu de pacificacion que le impulsa á intervenir para ahogar toda discordia y toda guerra.

No ha orientado guerra alguna que no haya tenido al momento la protesta paternal de Pro IX y la intervencion de su alta autoridad para concluir la.

En la guerra de Rusia contra el Oriente; en la de Francia é Italia contra el Austria; en la de los Estados-Unidos, en las de las repúblicas americanas, la figura de Pro IX es la del padre que se desvela para restablecer la concordia entre los hermanos.

Últimamente, en la grave cuestion sostenida entre Prusia y Francia, Pro IX interpuso sus buenos oficios (1).

Le ha dotado Dios de una fuerza de sagrada elocuencia que arrebató y cautiva: «Los documentos emanados directamente de él tienen la misma elocuencia que su carácter, conjunto de energía y de ternura, y donde se halla siempre un vuelo noblemente contenido. En una de sus proclamas á los romanos, cuando la sedicion le empujaba hácia el Calvario, exclamaba: *Popule meus, quid feci tibi?* Pueblo mio, pueblo mio, ¿qué te he hecho? Y en Gaeta, viendo á Roma en poder de los mazzinianos: «¡Oh Roma! ¡Oh Roma! Dios me es testigo que todos los dias elevo mi voz al Señor, y prosternado le pido ardiendo

(1) Al obispo de Burdeos le decía en una célebre carta:

«Agitando este pensamiento (el de la pacificacion) nuestra alma, nos hemos vivamente preocupado y ha entrado en Nos la persuasion de que no teníamos medio mas oportuno ni mas eficaz para manifestar nuestra gratitud á esa gran nacion católica, que tratar, á impulsos de nuestra caridad paternal, de traerla á consejos de paz, y de este modo devolverla al seno de una perfecta tranquilidad.

«¡Pluguiera á Dios, venerable hermano, que fuese dado á nuestra humilde persona realizar una obra tan natural y universalmente deseada por los hombres sensatos! No tendrían límites nuestras acciones de gracias á la divina Providencia si se dignase servirse de nuestro ministerio y de nuestra cooperacion para procurar á Francia tanto bien.

«Mas para alcanzar ese fin anhelado y poder, á medida de nuestros deseos, hacer cesar calamidades demasiado largas y crueles, es necesario que los espíritus se abran con docilidad á las miras de nuestra paternal solicitud, y que deponiendo toda recíproca animosidad por una y otra parte se acepten sentimientos de concordia y de mútua confianza.

«¿Y quién podría quitar al Vicario de JESUCRISTO la esperanza de ver realizada una aspiracion tan legítima, y por consiguiente devuelta á la paz una parte tan considerable de Europa?

«Hé aquí por que nos hemos dirigido á vos, venerable hermano, que sois obispo titular de la ciudad donde residen una buena parte de los jefes del Gobierno encargado de presidir á los destinos de Francia. Con la mayor instancia posible os exhortamos á que os encargueis cerca de los jefes de ese Gobierno, con todo el celo pastoral que os distingue, de un asunto tan urgente y de tan elevado interés.

«Tambien tenemos la confianza de que nuestros colegas en el episcopado unirán á los vuestros sus esfuerzos y os secundarán con ardor en una causa tan digna de su carácter y de su virtud, y en que se trata de prestar un eminente servicio á la religion y á la patria.

«Poneos, pues, á la obra sin retardo, venerable hermano; emplead con los hombres la persuasion; recurrid á la oracion para con Dios; inflamad, uniéndoos con ellos, el celo bien conocido de vuestros hermanos los obispos.

«Por nuestra parte, tenemos la completa seguridad de que Dios prestará la gracia de la fecundidad á vuestras palabras, y de que, con su auxilio, volverán los corazones á su natural generosidad, y por amor al bien público no rehusarán entrar en nuestras miras y secundar nuestros deseos.

«Muy bien sabemos, por otra parte, que proseguiríamos en vano la grande obra que nos preocupa si nuestro pacífico ministerio no encontrase un apoyo suficiente é intenciones favorables en la justicia y elevacion de ánimo del príncipe que en las armas ha obtenido tan señaladas ventajas. Por esto no hemos vacilado, venerable hermano, en encargarnos del cuidado de escribir una carta con dicho objeto á S. M. el rey de Prusia, recomendando con instancia á su humanidad ese ministerio de paz que deseamos llenar.

«No queremos indudablemente afirmar nada cierto sobre el resultado de nuestra intervencion oficiosa cerca de S. M. Pero tenemos lugar á esperar, porque en otras circunstancias ese Monarca ha manifestado buena voluntad en lo que á Nos respecta.

«Vos, venerable hermano, confiado en el auxilio del cielo, poned toda la atencion en la grave y urgente mision que os está confiada, la cual podreis cumplir con tanta mayor facilidad y prontitud, cuanto que ejercéis en vuestra morada episcopal los deberes de la hospitalidad con los mismos á quienes tendreis que dirigiros para llenar, en nuestro nombre, un ministerio de paz, muy digno de vuestro augustó carácter.

temente que haga cesar el azote que te está desolando, y que cada día pesa mas y mas sobre tí. Yo le suplico que ataje las sugerencias de las doctrinas perversas, y que aleje de tus muros y de todo el Estado á esos habladores políticos que abusan del nombre del pueblo.» En otra ocasión emplea las mismas palabras de JESUCRISTO para confundir la siniestra astucia que se atreve á imputarle pensamientos que no ha concebido: «Yo he hablado públicamente delante de las gentes, y jamás he dicho cosa alguna en secreto.» Esta elocuencia le es tan natural, como que corre de una fuente fácil, abundante y siempre sencilla, en las frecuentes ocasiones en que tiene necesidad de hablar en público. En Roma todos conservan en la memoria esos breves discursos tan expresivos como otras tantas inscripciones.

«Hace un año, despues del oficio del Nacimiento de Nuestro Señor JESUCRISTO, que se celebra en San Juan de Letrán, el cardenal decano se presentó delante del Sumo Pontífice, y le ofreció los respetos del Sacro Colegio. Era uno de esos momentos de alarma, de esos que no se repiten, y en el que sus enemigos parecían estar á punto de hacer un último y victorioso esfuerzo. Pio IX en su respuesta anunció muy enérgicamente el triunfo infalible de la Iglesia; y extendiendo su mano hácia el anfiteatro donde lucharon tantos Mártires, cercano á la augusta basílica: «Este anfiteatro, dijo, este coliseo que está cerca de aquí, fue en los primeros siglos de la Iglesia como un cáliz que recibió la sangre de los héroes cristianos; hoy es como la copa que recibe nuestras lágrimas: aquella sangre y estas lágrimas claman al cielo, y moverán el corazón de Dios á favor de su Iglesia.» Dirigiéndose poco despues á la oficialidad de las tropas pontificias, cuyos homenajes acababa de recibir, les dijo: Conozco vuestra adhesion, sé que ninguna cosa hubiérais deseado con mas gusto que darme pruebas de ella. Podrá llegar este momento, y para entonces cuento con vuestro afecto. Pero estad seguros, como yo lo estoy, que los designios de los enemigos de la Iglesia santa no prevalecerán jamás. Sin duda han creído poder destruirla, despojándola de su autoridad temporal; pero tengo la certidumbre que esta misma autoridad le será devuelta, y que la Santa Sede tornará de nuevo á la posesion de sus usurpados dominios. Puede que no viva para cuando este acto de justicia se realice; pero ¿qué importa? Simon, hijo de Juan, sujeto está á la muerte: Pedro no muere jamás.» Tal pensamiento le es habitual. Decia un día en el seno de la confianza: «Arriba está Dios que sostiene á su Vicario, y le impide que desfallezca: puede permitir que le arrojen; pero es solo para mostrar que puede á su vez traerlo; yo he sido arrojado, y he vuelto. Si de nuevo me lanzan de aquí, de nuevo volveré: si muero... bien, si muero, ¡Pedro resucitará!»

«La bondad constituye el tinte general de su fisonomía y de su trato. Buena y tranquila es su alma, dice Mr. Veuillot, y lo que acaso cause sorpresa, hasta festiva. Pero ¿no sería preciso admirarse, por el contrario, que tanta aplicacion al bien, que una fe tan viva, una caridad tan eficaz, y una tan continuada asistencia de Dios en los peligros, no fuesen recompensadas por ese don de la tranquilidad interior, de la que irradia dulcemente el mas santo gozo? Su gravedad se presta fácilmente á la sonrisa y á la ternura. Habla de los hombres sin amargura, evitando en cuanto le es posible nombrar á sus enemigos; y cuando de ellos se defiende, su lenguaje es compasivo. En el acto criminal ve la terrible responsabilidad del pecador; pero se descubre siempre cuánto desearia absolverle.

«Á las veces esta dulzura deja el lugar á la severidad del príncipe, del doctor y del juez. Los pequeños no lo han experimentado, quienes lo han experimentado son los grandes. Se ha visto en ocasiones á personas constituidas en dignidad salir aterradas de la presencia de este Rey benigno; otras, formidablemente reprendidas por sus cartas, han tenido la dicha de aprovecharse mejor de ellas que el Rey del Piamonte. Sin embargo, tales rigores son raros, y solo los usa en último extremo. La bondad es continua y sobreabundante, llevándola respecto de los humildes y pobres hasta la prevision, y aun hasta la complacencia. *Pater pauperum* es uno de los nombres de Jesús. Una esclava negra de la Nueva-Orleans, llevada á Roma por sus dueños, tenia grandes deseos de ver al Papa para recibir su bendicion: el Papa llegó á saberlo, y no lo olvidó, haciéndole enviar un billete de audiencia. En la víspera de Pascua una brillante muchedumbre de gentes llenaba la antecámara. Pio IX hizo inmediatamente llamar á la negra. «Hija mia, le dijo, mucha gente está esperando, pero he querido verte á tí la primera. Muy pequeña é ínfima eres á los ojos de los hombres, pero puedes ser muy grande á los ojos de Dios.» Conversó con ella largo tiempo, permitiéndola que hablase, y le preguntó si sufría algunas penas. «Lo que son penas, contestó, tengo muchísimas; pero desde que me he confirmado he aprendido á recibirlas como de la mano de Dios.» La exhortó en seguida á perseverar en este amor de Dios, y por último le dió su bendicion, bendiciendo asimismo á sus compañeros de esclavitud. La negra se retiró sumamente ufana y contenta.

«En la conversacion familiar es vivo, pronto, lleno de recursos, y de un talento siempre amable y oportuno. Tiene palabras por sí características, y que son como retratos suyos: suaves advertencias y observaciones urbanas que ponen á los hombres y á las cosas en su debido lugar y tiempo.

«Un general francés un tanto altivo mantenía en Roma continuas pendenencias militares. El Papa le hizo llamar. «Señor general, le dijo, vuestro Emperador ha pronunciado estas hermosas palabras: El imperio es la paz. Pues bien, los Papas aman la paz, y pregonan por todas partes: *Pax vobis.*» Últimamente decia á ciertos puseistas ingleses: «No seais como las campanas, que llaman á la gente á la iglesia, y ellas se quedan fuera.» Cuando se le pide que escriba algunas palabras sobre alguna estampa ó libro, exigencias incesantes que de continuo se muestra infatigable en complacer, manifiéstase siempre feliz y oportuno, y á veces, cuando es necesario, animoso. Dias pasados el príncipe heredero de Prusia le pidió un recuerdo de esta clase, presentándole para ello una estampa del niño Jesús: el Padre Santo escribió: *Illuminare his qui in tenebris... sedent.* (Luc. 1, 79). Un dia se le presentó su propio busto, y sobre el mármol trazó estas palabras que el Espíritu del Señor dirigió al profeta Ezequiel: *Frontem tuam duriore frontibus eorum.* (III, 8).

«En Ravena, como todo buen italiano, visitó el sepulcro del Dante; y en el libro donde deseaban conservar su firma, dejó escrito este terceto de la Divina comedia:

Non è il mondan rumor altro che un fiato
Di vento ch'or vien quinci, or vien quindi,
E muta il nome, perchè muta lato (1).»

(1) La opinion del mundo no es mas que un soplo de viento, que tan pronto viene de aquí como de allí, y que muda de nombre porque muda de direccion, (*Purgatorio*, cant. XI).

Aunque la sencilla exposicion de los hechos, contenida en este libro, dista mucho de tener el colorido correspondiente á la grandeza de su actor, el inmortal Pio IX, puede ya traslucirse toda la importancia del pontificado, cuyos veinte y cinco primeros años acabamos de historiar, pues es imposible no se reconozca en la oportunidad, solidez y riqueza de los documentos emanados del Pontífice, del Rey y del Padre. Se ha dicho con exactitud en cierto modo que Pio IX ha cuidado de escribir él mismo dia por dia toda la historia religiosa y política de su pontificado. Nada ha quedado sin esclarecerse públicamente; «la mentira no podrá alucinar á la posteridad.» La gloria de Pio IX será como es intachable, y los siglos venideros cuidarán de demostrar que en él se ha realizado esta bendicion ambicionable

In memoria eterna erit justus.

Los blasones que atestiguan su justicia los hemos visto en los extraordinarios rasgos de su vida, revelacion de las virtudes religiosas, morales y sociales que constituyen su imponente fisonomía. La integridad de su alma es la que mantiene sereno su espíritu al través de las nubes que se arrastran á sus piés. El poder, la literatura, las masas conspiran unánimes y mancomunando sus recursos pretenden ofuscar la gloria de su autoridad; mas al frente de la intriga encubierta, de la invasion desvergonzada, de la traidora calumnia, del cinismo impío y de la astuta hipocresía, él levanta su cabeza. Las olas cubren casi la nave ¿por qué el piloto no se alarma? Porque teniendo conciencia de su justicia, sabe que le son aplicables estas palabras: *el justo no temerá al oír malas nuevas.*

Ab auditione mala non timebit.

Recibe como una roca los empujes de las olas, las que cuanto mas embravecidas vienen mas desmenuzadas y espumosas se van; sea que bajen del imperio, sea que suban de los clubs, al chocar contra la piedra se retiran, cumpliéndose lo que está escrito: *el justo no vacilará.*

Non commovebitur.

Al contrario, mirará con desprecio á sus enemigos:

Donec despiciat inimicos suos.

Por esto su fortaleza será gloriosamente exaltada:

Cornu ejus exaltabitur in gloria.

En efecto, combatido, expatriado, cautivo, es no obstante glorioso el poder pontificio y gloriosísimo el nombre del pontífice que hoy ciñe la tiara, ¿quién contará el número de los que le han glorificado y glorifican? ¿quién medirá el valor de los glorificadores? Los sábios de la tierra se han inclinado ante él. Á la sombra de Pio IX las eminencias católicas periódicamente se reúnen en algunas ciudades de Alemania; la cristiandad alemana le vitoreó en 1848 en Maguncia, en 1849 en Breslau, en 1850 en Lintz, en 1851 otra vez en Maguncia, en 1852 en Munster, en 1853 en Viena, otra vez en Lintz en 1854; en Salzburgo en 1857, en Colonia en 1858, en Friburgo en 1859, en Praga en 1860, en Munich en 1861, en Aix la Chapelle en 1862 y desde entonces en las demás notables capitales; la cristiandad de Suiza se reúne en su *Pius-Verein*; la de

Bélgica en las grandes asambleas de Malines. Principio de realizacion ha pues tenido ya él: *Cornu ejus exaltabitur in gloria.*

Mientras los sábios le han glorificado con sus brillantes apologías, los pueblos han tomado á su cargo el sostenimiento de su decoro; el dinero de san Pedro, en múltiples formas desarrollado, es un prodigio continuo de generosidad.

No, no puede concebirse en lo humano mas amor y mas gloria que la que Pio IX está cosechando.

Los anales contemporáneos registran algunos nombres capaces de glorificar á todo un siglo. Sin que sufriera menoscabo la honra de la época podria llamarse nuestro siglo el siglo de O'Connell, de Lacordaire, de Balmes, de Valdegamas, de Ventura de Raulica, de Ravignan, de Ozanam, de Wissemann, de Gerbet, del P. Sechi, del P. Félix, de Montalembert, de Bonald, de Mermillod, de Newman, de Manning; esplendorosas reputaciones, cuya gloria converge al Pontificado digno de cobijarlas, protegerlas y ensalzarlas. Para vivir todas estas grandes reputaciones invocaron la bendicion de Pio, y las que llegaron á la frontera de la vida necesitaron para morir que Pio les bendijera.

Los siglos venideros al recordar el nuestro, que es el de distintas grandezas, las reasumirá en una llamándole *el siglo de Pio el grande.*

Hé ahí á Pio IX. ¡Que mucho que la sociedad entera le admire y le bendiga!!!

FIN.